

Cinco son las noches espantosas.  
Para cada noche una historia. Pavorosa.  
Cinco son los cuentos que escucharás despacito.  
En cada cuento un espanto. Y un miedito.  
Cinco son los espantos que te harán temblar.  
Te asustarán. Por cuenta te orinarás.  
Cinco son las noches arrechas,  
Son cinco, cinco son,  
alistá tu corazón.

EL CURA  
SIN CABEZA

Aquel día amaneció tranquilón. Y entonces... ¿por qué la maestra Brígida decidió llevar a nueve de sus chavalos de cuarto grado a conocer León Viejo?

¿Por qué solo a aquel novenario de nueve?

¿Y por qué se vistió todita de negro? A saber...

Cuando llegaron a aquella ciudad, muerta hacía más de cuatrocientos años, la maestra Brígida comenzó a explicarles: allí estuvo la primera ciudad que los cheles españoles levantaron en Nicaragua, a orillas del lago Xolotlán y a la sombra del volcán Momotombo. Desde allí lo miraban, imponente.

La maestra Brígida era de viaje una gran beata...

Y de eso hablaba:

— Ésta fue una ciudad de parroquias y capillas y en las noches el tilín tilín de las campanillas buscando muertos en sus sudarios. Para enguacarlos, para enterrarlos. Ciudad de frailes, curas y templos con cerraduras. Y de conventos, ermitas, candelas y candelitas, donde rezaban rosarios sacerdotes y vicarios cubiertos de escapularios, asustando con purgatorios, cobrando los velatorios, ciudad de tantas iglesias, llenas de santos, llenas de espantos...

— La doña nos quiere meter en miedo...

— A mí, ¡huácala! ya se me puso carne de pollo...

— No le pongás mente, ponele cabeza, a mí no me da miedo...

La maestra Brígida les contó que al tiempo de levantarla, la ciudad se cayó: el estallido del volcán y el craqueteo de un terremoto se pusieron de acuerdo para chingastearla. En el piso la dejaron. De plano, acabada. Finada, sepultada. Los españoles se asustaron tanto que se corrieron de allí y levantaron León en otro lugar, donde hoy está. El tiempo pasó como lampazo viejo y dejó solo escombros, un puro cementerio...

— En este mero lugar, baldío y chapodado, estamos pisando muertos...

¿Por qué se calló de un solo la maestra Brígida y ya no dijo más? A saber...



Estate silencio:  
no se movía ni una hoja...  
Aunque era de día, el cielo se ennocheció arrechamente  
y del cucurucho del Momotombo  
salió ligera una nube como una mano de nueve dedos  
que tendía una cobija negra sobre los visitantes...

— ¡Me cago en lo chapodado!  
—gritó uno, fachenteando de valiente.

Todos los demás... ya estaban cagados de miedo.

¿Y cómo no, Chon? Era una nube de ceniza, pringaba, sofocaba.  
Los envolvió como mortaja. ¿Dónde estaban? Perdidos.  
No se miraban ni el uno a la otra ni la otra al uno...  
¿Y la maestra Brígida...?



Entonces lo vieron. Allí estaba él, el que recorre León Viejo desde hace siglos rezando jaculatorias y buscando su cabeza...

Vestía de negro de arriba a abajo, con botones plomo de abajo a arriba y una gran cruz guindada del pescuezo tronchado. Les habló quedito:

¿Quiéeen me da su Cabezaaaa?

Los nueve se voltearon ligero para no verlo. Pero ni modo: no había salida ni huida, escapatoria no había, Santa Rita no servía. Él repitió su petitorio, ahora con voz más recia:

¿Quiéeen me da su Cabeeeza?

